

LA “CRISIS” DEL MODELO

Alfredo Joignant
Profesor Titular
Escuela de ciencia política
Universidad Diego Portales

Hay algo absurdo en la discusión que se ha instalado en Chile acerca de la crisis de su “modelo” tras los movimientos sociales de 2011. Si bien esta discusión es muy importante (puesto que en ella se juega el significado del modo en que vivimos juntos), carece de relevancia para los chilenos de a pie, quienes no entienden ni el objeto de lo que se discute, ni tampoco el sentido del término “modelo”. La pregunta es si los que habitan el mundo político saben de lo que hablan cuando hacen referencia al “modelo”, y lo mismo cabe preguntarse respecto de algunos intelectuales públicos.

La semana pasada tuvo lugar el segundo foro mundial de sociología en Buenos Aires. En no pocas de sus mesas, especialmente aquellas que se encontraban atestadas de colegas latinoamericanos, se repetía una y otra vez el leitmotive del “post-neoliberalismo”. En varias sesiones, la discusión desembocaba rápidamente en los “desafíos” de la izquierda, dando por sentado que todo el mundo entendía por igual lo que es –o era- el neoliberalismo, y dando por evidente su colapso. Tan evidente sería su derrumbe que, según se decía, la propia crisis del modelo chileno constituiría una prueba más.

Pero la memoria es corta. En el contexto de la crisis sub-prime de 2008, arreciaron las proclamaciones de la inminencia de una nueva hegemonía post-neoliberal, con Keynes como arquitecto de nuevas formas de intervencionismo estatal, las que poco a poco marginarían de la escena a las soluciones privadas para los problemas públicos: era, de nuevo, el fin del modelo, desde Wall Street a la bolsa de Santiago, y desde la Casa Blanca a La Moneda.

Pues bien, nada de lo anterior es evidente, al punto que ya van dos libros publicados en Chile que diagnostican con muy poco rigor tanto el fin del modelo (en *El derrumbe del modelo*) como su antónimo (en *El malestar de Chile*). En primer lugar, esta literatura –así como buena parte del discurso político actual- pasa por alto la discusión sobre variedades de capitalismo, haciendo como si el modelo capitalista chileno fuese un mundo aparte. En segundo lugar, porque nadie se hace cargo de la extraordinaria capacidad adaptativa que el capitalismo ha mostrado ante crisis que se repiten en ciclos históricos cada vez más cortos. En tercer lugar, y sobre todo, porque no percibo mermas relevantes, ni en Chile ni en ninguna otra parte, del poder neoliberal de hacer cosas con ideas hechas realidad, no obstante mi deseo de participar de la autopsia del modelo y del cuerpo (en este caso de ideas) en el que se sustenta.

Pero, cuando hablamos de “modelo” y “neoliberalismo” en Chile, ¿sabemos, exactamente, a qué aluden ambos términos? He allí el problema, y el origen de la ilusión de “otro mundo es posible”...ahora. Evidentemente que otro mundo es

posible: si, como dice Eloy Martínez en *La novela de Perón*, “un hombre común acepta su destino”, un “utopista lo inventa y luego consigue que el destino le obedezca”. Pues bien, es precisamente ese poder de invención que fue alcanzado por el neoliberalismo, cuya máxima expresión de éxito en Chile fue su constitución en “modelo”, entendiendo como tal una forma de creación y distribución de riqueza centrada en el mercado, reproducida a través de innumerables actos individuales de los cuales emana una definición de la justicia, que es codificada en libros de doctrina y consagrada por la Constitución de 1980. Y es justamente de ese poder de invención, que las ciencias sociales llaman performativo, del que – todavía- carece el utopista de izquierda o progresista.

Hoy existe efectivamente la oportunidad histórica de cuestionar profundamente el modelo chileno, pero en ningún caso éste se ha derrumbado. Afirmar tal cosa es un voluntarismo autista que pasa por alto la demostración de algo de lo que – supongo- muchos nos habríamos dado cuenta. Sobre todo porque el manoseado modelo, además de haber sido humanizado mediante reformas desde 1990 al punto de que ya no es, exactamente, el modelo de Pinochet, consta de dimensiones que no sólo son económicas, sino también políticas, culturales y sociales. En tal sentido, digan lo que digan los ensayistas de moda, son demasiados los aspectos involucrados en el modelo, varios de los cuales son objeto de crítica: pero de allí a proclamar su derrumbe, o a negar el malestar que éste provoca, constituyen expresiones de ceguera o de sordera, o tal vez ambas cosas.